



LOS LEJANOS



---

## LOS LEJANOS

---



UÁN extraños juegos hace la memoria respecto á los amigos de la infancia!

Cuando traemos á la mente aquellos tiempos, se nos presenta como un vasto cuadro, alumbrado en algunos puntos por una luz vivísima, oscurísimo en otros puntos, lleno de manchas y de figuras incompletas y confusas que nos hacen pensar.

Recordamos bien, casi todos, la primera escuela; aquellas paredes, aquella ventana por la que penetraba el sol hasta el banco, la mesita del maestro, el sitio donde nos sentamos la primera vez, bebiendo las lágrimas, mientras nuestro padre nos enviaba el último saludo desde la puerta.

Pero procurando reavivar las imágenes de nuestros

compañeros, encontramos que bancos enteros, filas completas de cabezas han desaparecido.

De algunos recordamos vagamente la forma de la persona, la estatura, hasta el color de ciertos vestidos, pero no recordamos el rostro; han quedado como decapitados en nuestra memoria.

De ciertas caras vemos poco á poco los contornos, el color, la expresión habitual, alegre ó triste; pero nos ha escapado la fisonomía.

Recordamos actitudes, palabras, entonaciones de voz, que no sabemos de quién sean; nombres á los que no corresponde ninguna persona; pedazos de nombre, de los cuales no se consigue coger la primera sílaba, sombras de personas que no podríamos llamar de otro modo, fantasmas sin nombre y sin forma que ocupan un puesto en nuestra mente, no sabemos por qué ni cómo, especie de señas misteriosas que nos hace la memoria y que no conseguimos entender; siluetas de imágenes que parecen reminiscencias de un sueño.

Poquísimos, entre tantos compañeros, permanecen delante de nuestros ojos completos y distintos, como figuras de una pintura al fresco, dejada milagrosamente intacta por la humedad que devoró todas las demás.

Esta muchedumbre de muchachos, compuesta de

personas y de larvas, la vemos precipitarse por ciertas escaleras con gran ruido de zapatos y de reglas esgrimidas contra los hierros del pasamanos y esparramarse en ciertos corrillos por la calle; y siguiendo ora á unos, ora á otros, logramos llegar caminando como á través de una niebla, á patios numerosos, senderos solitarios del campo, bajo oscuros portones de casas, en ángulos de jardines y de habitaciones, ya mucho tiempo olvidadas, que á su vez nos recuerdan otras mil cosas.

La primera sensación que nos produce la nieve, la lluvia, el cielo estrellado, el primer gran miedo á los muertos, las primeras confusas advertencias del sentimiento vienen á nuestro pensamiento, junto con recuerdos extrañamente minuciosos y claros de un cortaplumas roto, de ciertas manchas de tinta en un banco, de fajos de libros atados de cierto modo por la correa de un compañero, del cual tenemos todavía presente un pequeño defecto en el caminar y el rasgo particular que hacía á la T, mientras todo lo demás se ha desvanecido.

\*  
\* \*

Entre los compañeros que recordamos mejor, algunos nos han quedado impresos por la dulzura de su naturaleza, de la cual por otro lado no recordamos ninguna manifestación determinada; no tenemos presente más que una cara simpática y una voz amorosa que nos atraía.

Junto á estos, vemos todavía caras totalmente distintas, rostros malignos que nos eran odiosos; pequeñas caras siniestras, que la multitud de bribones conocida después no puede borrar de nuestra memoria, porque fueron para nosotros como las vanguardias infantiles de la perfidia y del odio humano.

¡Cuán bien recordamos aquellas profundas humillaciones, aquellos dolores que parecían inmensos, cuando al salir de la escuela, después de la primera ríña del maestro que nos había humillado, se nos pone delante la turba insolente, burlándose de nuestras lágrimas, y nos parecía estar en berlina ante un pueblo entero!

¡Cómo vemos siempre ciertas pequeñas figuras de egoistas feroces y ciertos gordiflones bribonazos á quienes nuestro dolor ponía la amenaza en los labios y el prurito en las manos; miniaturas semejantísimas de tanta gente encontrada después en la vida!

\*  
\* \*

A ciertos otros los recordamos por una idea nueva que aportaron á nuestra cabeza ó por un nuevo sentimiento que nos hicieron experimentar.

Casi todos tenemos en la memoria al primero que nos enseñó el significado de una palabra indecible y nos explicó á su manera, por medio de extravagantes conjeturas, la conformacion secreta de una mitad del género humano; el que nos impulsó, el primero, con el ejemplo, al pequeño hurto doméstico, por el que nuestro padre nos mostró por vez primera el rostro terrible del juez; el que fué nuestro compañero en la ansiedad tormentosa de la primera fuga de casa, á través de un campo que nos parecía inmenso, monstruoso como un continente inexplorado; el que nos apretó el primero la garganta en su ángulo de la sala desierta, y nos gritó en la cara: —¡Te mató!—blandiendo un cortaplumas de hueso negro; y ciertos bribones de fama terrible, temidos por todos, reputados capaces de una fechoría, que nos enseñaba por

debajo del banco la hoja de un cuchillo y nos robaban las nueces del bolsillo, dejándonos en cambio la vida.

Recordamos tambien el aspecto de algunos que murieron por el sentimiento nuevo que aquella noticia nos produjo, un sentimiento mixto de incredulidad y temeroso estupor y porque seguíamos por muchos días en la escuela, mirando de vez en cuando su puesto vacío, como esperando una aparicion que nos explicase el secreto de la muerte; y el aspecto de algun otro, un poco más tarde, por el aura de misterio que lo circundaba, por una especie de curiosidad tímida é indefinida de que era objeto entre todos, á causa de una voz que corría por lo bajo, por haber dado un gran paso delante de nosotros, en la ciencia... del bien y del mal.

¡Y qué confusion de recuerdos ha quedado en nuestra cabeza de todas aquellas raras conversaciones, con las que nos comunicábamos unos á otros, nuestras fantásticas ideas acerca de la vida de los hombres, los gigantescos conceptos que formábamos de tantas cosas pequeñas y fútiles, las interpretaciones extraordinarias que dábamos á fragmentos de discursos inocentes de personas adultas, cogidos al vuelo de oculto y las pequeñas esplendideces de nuestra casa, engrandecidas con hipóboles charlatanes.

\*  
\* \*

Ahora nos acordamos de que, desde entonces, alguna cosa semejante á la amistad se manifestaba ya entre nosotros: recordamos ciertas parejas diminutas de Píldes y Orestes, que llegaban y se iban siempre juntos, y se sostenían uno á otro con la palabra y con las manos; ciertas alianzas fraternales, sostenida con regalos de pequeños objetos de bisutería y de fruta seca; ciertas protecciones caballerescas que se anunciaban de compañeros recién llegados, por impulso espontáneo del corazón.

Algunos hay por los que conservamos un vivo sentimiento de gratitud, por cualquier acto de bondad, que ha huido de la memoria, pero que dejó una huella en el alma; imágenes vagas que acuden á nuestra mente cada vez que, en el curso de una meditación, buscamos en nuestros recuerdos argumentos favorables á la naturaleza humana, que nos reconcilien con la vida.

Por otros hemos conservado un sentimiento de

piEDAD; criaturas infelices que comenzaron junto á nosotros, su vida de víctimas predestinadas; pobres muchachos enfermizos, ridículos por defectos físicos, despreciados ya desde entonces por su pobreza y su abandono; y nosotros les vemos todavía en su actitud habitual de resignación y cobardía, ó trasfigurados por un furor repentino de insubordinación, y sofocados por un nudo de llanto desesperado, que suena siempre en nuestro oído como un reproche y que despierta un remordimiento en nuestro corazón.

A algún otro, por fin, no lo hemos olvidado, porque era para nosotros un pequeño númen, al cual éramos adictos y le admirábamos por la superioridad de la inteligencia, y le envidiábamos por su belleza y por su fuerza; una especie de grande hombre de la infancia que, en nuestro pequeño mundo representaba el más alto grado de poder y gloria á que se podía subir.

¡Pero se nos aparecen tan lejanas todas estas figuras!

Algunas pasan á veces por la mente como un relámpago, en medio de los trabajos del día, á través de una serie de pensamientos, á mil leguas de distancia de aquel tiempo, y nos hacen permanecer un momento maravillados, preguntándonos por qué

camino, por qué reclamo, aquella remotísima reminiscencia pueda habernos asaltado en aquel momento.

A menudo también, uno de nuestros antiguos compañeros, de los ménos claramente recordados, nos aparece en sueños, después de otra visión diferentísima, vivo y animado como jamás se presentó á nuestra memoria durante el día, en medio á circunstancias de lugar, de tiempo, de luz, tan limpias y vivas, que en el mismo sueño experimentamos un vivo estupor que continúa después de habernos despertado.

\*  
\* \*

Los amigos que se desea ver más vivamente son aquellos que tuvimos por compañeros á los quince años, cuando en el muchacho empieza á agitarse el jovencillo.

Ciertamente, la amistad es poca cosa en aquel tiempo; las pasiones nacientes sofocan los afectos; se ama tanto aquello que se vé delante de sí, en el porvenir, que casi no se cuida de lo que está alrededor.

No se tienen amigos, sino camaradas; las maneras y el lenguaje, no refrenados todavía por el respeto de sí mismo y de los demás, son más de soldados que de caballeros, nos tratamos á golpes y empujones, quitándonos unos á otros la palabra de la boca, brutalmente, con aquella voz fuerte y desentonada que hemos adquirido en la pubertad casi de improviso y de que estamos orgullosos, como de los primeros pelos de barba; disputando, nos cam-

biamos patentes de asno con una profusion de taberna.

Si alguna vez se demuestra un afecto extraordinario á cualquiera, no es tanto por sentimiento verdadero cuanto porque nos parece bello y viril representar la parte de verdadero amigo, el encarnar el ideal de una gran amistad de poema.

Pero en aquellos años se preparan las líneas con que ordenamos las amistades futuras.

Hay pocas cosas que liguen tanto á dos hombres como el poder recordar juntos el terror de los primeros exámenes verbales, el enojo de aquellas clases de los días de verano, aquella alegría de perros de caza con que se corría al campo libre por las sendas, huyendo del ahogadero de la escuela, aquella perpétua y dichosa propension al ridículo sobre todo y sobre todos, aquellas conversaciones clamorosas, que nos tenía clavados tres horas á una esquina y nos dejaba colorados y excitados, como despues de beber un vaso de vino.

¡Y cómo quedan estampados en la memoria la mayor parte de los amigos de aquel tiempo; ciertos tipos elegantes á quienes se envidiaban los calzados finos, el pié pequeño y el abono al teatro; los primeros de la clase, las cabezas fuertes á que se hacía un poco la corte, con la esperanza de ayu-

da á fin de año; ciertos pequeños mónstruos precoces del vicio, depravados hasta la médula de los huesos; ciertos dormilones incorregibles, atacados de horror instintivo hácia los libros, indomablemente rebeldes á toda especie de ocupacion intelectual, y firmísimamente resueltos á reventar antes que bajar la cabeza ante el yugo del estudio!

A estas imágenes se mezclan mil recuerdos de salas ahumadas de billar, de gritos de vendedores ambulantes, que pasaban por la calle durante las lecciones de la mañana, de soplos repentinos de primavera, que entraban por las ventanas abiertas y nos hacían suspirar por la libertad y el campo y una confusion de reminiscencias, de proposiciones latinas, de versos de antología, torcidos en mil sentidos indecentes y ridículos, de despropósitos colosales de gramática, de grandes nombres históricos convertidos en sobrenombres bufonescos, de fragmentos de composiciones de palabras extrañas pertenecientes á una particular gerga cómica que estuvo en uso entre nosotros durante cierto tiempo, de ciertas frases de libros que nos tuvieron largo tiempo absortos, con la barba apoyada en los puños, en una especie de somnolencia sensual de la que salíamos mediante la voz monótona del profesor de filosofía.



\*  
\* \*

A cierto punto, este primer grupo de amigos se desbanda de repente.

Catástrofes de familia, decretos de ministros, matrimonios juveniles, nos atraen y empujan por cien lados distintos quién á pocas leguas de distancia, quién al cabó opuesto del país, produciendo una gran perturbacion de proyectos fallidos, de ambiciones desviadas, de intereses y afectos turbados ó destruidos; cada cual se lanza á la gran caza de la vida, por su sendero y entra en un nuevo mundo en medio á un círculo de nuevos amigos.

Pasan años y años. Pasa el torrente impetuoso de las pasiones juveniles que nos arrastra; salen los primeros dolores que nos combaten, trábanse las primeras luchas que nos revelan la vida bajo nuevo aspecto; y en todo este tiempo yendo adelante con una rapidez que nos impide volver atrás, no recordamos sino vagamente y de escapada las cosas y los compa-

ñeros de nuestra adolescencia que nos parece ya muy lejana.

Solamente hácia los treinta y aun más tarde, se detiene el paso, se toma aliento y se empieza á medir detenidamente el camino recorrido; se vuelve con el pensamiento entre los amigos de quince y de diez y ocho años para encontrar entre ellos á nosotros mismos y reconocer los cambios acaecidos en nosotros por la confrontacion del yo actual con el yo de entonces.

Esta primer revista de nuestra pequeña sociedad juvenil nos dá un placer muy semejante al que nos proporciona el regreso de un viaje.

Algunos de aquellos amigos, una oleada de la vida los ha vuelto á traer junto á nosotros, despues de tres ó cuatro años, y los ha mezclado con nuestros amigos nuevos; otros pasaron por nuestro lado, mas apénas tuvieron tiempo para saludarnos, y se alejaron arrastrados por la corriente; de muchos no se ha tenido noticia, desaparecen sin dejar huella de sí, como náufragos en alta mar; de pocos se ha sabido alguna cosa en grandes intervalos de tiempo, despues, de repente, han desaparecido tambien sus huellas.

Respecto á otros sucede una cosa extraña: un día comparecen en nuestra memoria, inesperadamente,

como esos monigotes de las cajas de sorpresa y entonces nos apercibimos de que jamás habíamos pensado en ellos, que habían sido olvidados en absoluto, arrancados de raíz, por decirlo así, de nuestro pensamiento.

Y algunas veces nos asaltan deseos vivos é imprevistos de volver á ver á algunos.

En ciertos días negros nos parece que tal compañero, no visto hace quince años, conseguiría con su particular sentimiento cómico, restituirnos la serenidad.

Nos parece que volviendo á vivir con ciertos amigos de entonces, encontraríamos la alegría y el sentimiento de la vida de aquel tiempo. A menudo, en un momento de exaltación, después de un banquete ó al despertarse la mañana de un día que prevemos feliz, nos proponemos inquirir noticias, ponernos sobre la pista de este ó de aquel y de reanudar, al ménos de lejos ciertas amistades antiguas; alguna vez tenemos en la cabeza una carta entera; pero cualquier cosa la desvanece, una hora después, bajo el peso del pensamiento ó de las ocupaciones habituales.

Algun raro amigo, lo encontramos también, después de mucho tiempo, con uno de aquellos nombres famosos de abogados criminalistas ó de oradores populares; al principio se teme que sea otro, pero des-

pues se reconoce la identidad; es él mismo; y la cosa parece tanto más extraña, porque no nos es posible representárnoslo en el banco del tribunal, en medio de la muchedumbre tumultuosa, de otro modo, que que en el aspecto de los primeros años, con aquel hocico de mona, que hacía sospechar un poco de todo, excepto dos cuartos de cerebro.

Pero de la mayor parte no se sabe nada de nada; avanzando el tiempo, nos dejamos llevar de mil imaginaciones acerca de lo que puede haber ocurrido á cada uno; Fulano de Tal será comerciante en una ciudad del Rio de la Plata; tal otro pasará esta noche misma, con este maldito tiempo, el cabo de Buena Esperanza, sobre un barco de vela, del que es capitán; otro estará tal vez hace diez años en nuestra misma ciudad, tal vez en la calle vecina y no le hemos encontrado nunca y moriremos los dos sin vernos; muchos, sin duda, cuyas imágenes se nos presentan á menudo con aquella cara coloradota de otro tiempo, y con la boca abierta hasta las orejas por una risotada de loco, nos harían retroceder horrorizados si se nos aparecieran delante en su actual aspecto.

¡Cómo pesan sobre nosotros, en ciertos momentos todos estos misterios y cuánto daríamos por saberlo inmediatamente todo!

\*  
\* \*

Muchas de estas curiosidades nos acompañan en el curso de la vida.

Suceden encuentros lejanísimos de toda prevision, en las circunstancias más cómicas y de las maneras más extrañas; nos acosamos, tropezamos, caemos uno sobre otro como números de la lotería mezclados en el bombo ó como personajes de antiguas novelas de aventuras.

Una noche, en el vestíbulo del teatro, estrujamos con la cabeza la chistera de un desconocido, asomado como nosotros á la ventanilla del despacho de los billetes; lo miramos, nos mira...

Es nuestro vecino de banco en el instituto, que no vemos hace veinte años, el mismo en cuerpo y alma que nos mira con ojos desmesuradamente abiertos describiendo con la boca una O de letrero de tienda.

Dormitais en un vagon, de noche; de repente os levantais, apostrofando á un vecino que os ha puesto una bota en el pecho y que se levanta á su vez para

pediros explicacion de la ofensa; y os encontráis los dos cara á cara, en actitud de guerra, bajo la luz de la lamparilla, exclamando:

—¡Caballero!

—¡Caballero!

Y permanecéis asombrados; despues estallais en una gran risotada.

Es el mismo compañero de colegio que os puso el primer cigarro en la boca hace diez y ocho años y que os acompañó á casa blanco como un difunto.

Llegáis á una ciudad por primera vez, y por la tarde, en medio de la muchedumbre desconocida, veis delante de vosotras una espalda particular, una espalda diversa de los demás; alargáis el paso, pronunciais un nombre... ¡Es el mismo!

El hombre se ha vuelto rápidamente y os ha mostrado el rostro del antiguo colega, que os mira de piés á cabeza sin reconoceros, con una seriedad de comisario de policía, que os dá un momento de placer infinito.

Alguna vez desde la platea de un teatro de provincias, descubríis en el palco escénico un amigo predilecto de colegio, un cabeza ligera, convertido en primer galan de una compañía dramática de sexto órden; lo reconecéis bajo los restos de un grande de España ó de un antiguo romano, en cuanto declama

su relacion delante de la concha del apuntador, con aquella misma desagradable pronunciacion de montañés con la que leía las composiciones en aquellos dichosos tiempos.

Otras veces, poniendo un despacho en la ventanilla del servicio telegráfico, veis asomarse, como un grillo al agujero, al empleado sonriente, sobre el cual vuestro nombre ha hecho el efecto de una paja, y en aquella cabeza de grillo reconocéis á vuestro antiguo rival en composicion latina que os hacía salir la rabia por todos los poros cuando os lanzaba una mirada oblicua al sentarse, después del "¡bravo!" del profesor.

Ocurren tambien, encuentros tristes. En una mesa redonda, en país extranjero, veis, de repente, al camarero quedarse inmóvil y confuso en el momento de poner el plato por delante. ¡Dios mio! Ha cursado con vosotros el primer año en la Universidad y más de una vez os ha prestado sus apuntes.

Estos casos, raros en la vida, se suceden en ciertos períodos de tiempo, con una frecuencia que os admira. Tenemos años llenos de sorpresas, de encuentros increíbles, que nos hacen dar un paso atrás y volver hácia un lado la cabeza, como si se nos apareciese un muerto resucitado.

A veces nos ocurren estos encuentros al volver

una esquina, en ciudad extranjera, en los últimos momentos, cuando vamos ambos á lugares diversos, con las maletas en la mano.

Otras veces al alba, en un buque, saliendo uno y otro de dos camarotes próximos despues de haber charlado desde dentro de ellos como dos desconocidos.

Otras veces, en una calle llena de gente, un momento despues que uno de los dos, por un accidente rarísimo, ha pensado en el otro y en la lejana posibilidad de encontrarlo un día por el mundo... Combinaciones que hacen quedaros allí, soñando, casi asombrados, con la sospecha de una predestinacion, de una voluntad sobrehumana que nos habría puesto en la misma calle con algun fin misterioso.